

Y ahora, oigo que se me pregunta por todas partes:—¿Y Santa Sofía? ¿Y el antiguo Serrallo? ¿Y el palacio del Sultan? ¿Y el castillo de las Siete Torres? ¿Y Abdul-Aziz? ¿Y el Bósforo? Todo lo describiré y con toda el alma; pero antes es preciso vagar todavía un poco por Constantinopla, cambiando de argumento á cada página, como se cambia aquí de pensamiento á cada paso.

LA LUZ.

Y antes que nada, ¡la luz! Uno de mis placeres más vivos en Constantinopla, era ver levantarse y ponerse el sol, hallándome sobre el puente de la Sultana Validé.

Al alba, en otoño, el Cuerno de Oro está casi siempre cubierto de ligera niebla, á través de la cual se ve la ciudad confusamente, como á través de aquel velo blanco que se corre en el palco escénico para ocultar las burdas tramas de una escena de magia y de gran espectáculo.

Scutari está completamente cubierta: no se distinguen sino los contornos oscuros é inciertos de sus colinas. El puente y la ribera, desiertos... Constantinopla duerme: la soledad y el silencio forman el espectáculo más solemne. El cielo comienza á dorarse junto á las colinas de Scutari. Sobre aquella línea luminosa se dibujan una á una, precisas y negrísimas, las puntas de los cipreses del vastísimo cementerio como ejército

de gigantes diseminado sobre la altura; y desde un extremo á otro del Cuerno de Oro corre ténue claridad, que es como el primer extremecimiento de la gran ciudad que vuelve á sentir la vida.

Después, junto á los cipreses de la orilla asiática, asoma un ojo de fuego, y de pronto las alturas blancas de los cuatro minaretes de Santa Sofía se tiñen de rosa.

En pocos momentos, de colina en colina, de mezquita en mezquita, hasta el fondo del Cuerno de Oro, todos los minaretes, uno tras otro, enrojecen; todas las cúpulas, una tras otra, se platean; la luz rosada descende de azotea en azotea, la claridad se ensancha, el gran velo cae, y toda Stambul aparece sonrosada y sonriente sobre la altura, azulada y violácea á lo largo de la ribera, fresca y lozana como si saliera del agua.

A medida que el sol se levanta, la delicadeza de las primeras tintas se desvanece en una claridad inmensa, y todo aparece envuelto por la blancura de la luz hasta la tarde.

Entonces empieza de nuevo el espectáculo divino. El ambiente está puro; tanto, que desde Galata se divisan claramente uno á uno los árboles lejanísimos de la última punta de Kadi-Kioi. Todo el inmenso perfil de Stambul, se destaca en

el cielo con una nitidez de líneas y un vigor de colores, que podrian contarse punto por punto todos los minaretes, todos los cipreses, todas las agujas que coronan las alturas del cabo del Serrallo hasta el cementerio de Eyub.

El Cuerno de Oro y el Bósforo toman un hermoso color azul ultramar; el cielo, color de amatista hácia Oriente, se inflama junto á Stambul, tiñendo el horizonte de infinitos cambiantes de rosa y de carbunco, que hacen pensar en el primer día de la creacion. Stambul se oscurece, Galata se dora, y Scutari, herida por el sol poniente, toda centelleante de vidrios, parece una ciudad presa de las llamas.

Este es el mejor momento para contemplar Constantinopla. Es una rápida sucesion de tonos suavísimos, de oro pálido, de rosa y de lila, que tiemblan y huyen sobre los flancos de la colina y sobre el agua, dando y quitando, ora á ésta, ora á aquella parte de la ciudad el primado de la belleza y revelando mil pequeñas gracias púdicas de paisaje que no se atreven á manifestarse en plena luz.

Véanse grandes barrios melancólicos perdidos en la sombra de los valles; pequeñas ciudades purpúreas que sonríen en las alturas; caseríos y pueblos que languidecen como si les faltase la vida; otros que mueren de repente como incendios sofocados; otros que se creerían ya muertos, re-

sucitan inesperadamente y brillan todavía por algunos momentos bajo el último rayo de sol.

Después no se descubren más que dos cimas resplandecientes sobre la ribera asiática: la altura del monte Bulgurlú y la punta del cabo que mira á la entrada de la Propóntide; son primero dos coronas de oro, dos birretes de púrpura; después, dos rubíes; luego, toda Constantinopla queda en la sombra, y diez mil voces anuncian el crepúsculo desde lo alto de diez mil alminares.

LOS PÁJAROS.

Constantinopla tiene una especialidad y una gracia suya propia, que le viene de una infinidad de pájaros de toda especie, por los cuales los turcos muestran vivo sentimiento de respeto y simpatía. Mezquitas, bosques, murallas antiguas, jardines, palacios, todo canta, todo gorjea, todo parlanchinea, todo pía; por todas partes se percibe rozar de alas, en todo hay vida y armonía.

Los pájaros entran resueltamente en las casas y comen en las manos de los niños ó de las mujeres; las golondrinas hacen el nido sobre la puerta de los cafés y bajo las bóvedas de los bazares; los pichones, en bandas innumerables, mantenidos con las sobras del Sultán y de sus privados, forman guirnaldas blancas y negras á lo largo de las cornisas de las cúpulas y alrededor de las terrazas de los minaretes; las gaviotas vuelan alegremente en torno de la comida, y millares de tórtolas se enamoran entre los cipreses de los cementerios.